

# Carta breve para un largo adiós, de Peter Handke

Trad. de Ariel Magnus; Buenos Aires, Edhasa, 2015; 192 pp.;  
ISBN: 978-987-628-348-9



Jéssica Lengua

Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional Arturo Jaureche, Argentina

Publicada en 1972, *Carta breve para un largo adiós* es una de las obras más celebradas de Peter Handke, ganador del Premio Nobel 2019. Como gran parte de la literatura de Handke “Carta breve” tiene un fuerte componente autobiográfico. La novela se centra en la experiencia de un sujeto europeo que, tras una crisis existencial desatada por el divorcio, inicia un recorrido por los Estados Unidos, en búsqueda de una renovación interna u obedeciendo, tal como él mismo confiesa, una “pulsión de ser distinto”. Lo acompañan en esta travesía por las rutas norteamericanas, Claire, una antigua amante con la que había compartido sexo ocasional años atrás y su pequeña hija, un personaje sumamente significativo en el proceso de autodescubrimiento del narrador. Sin embargo, el viaje adquiere un cariz distinto cuando su protagonista descubre que está siendo acechado por su ex esposa, que se convierte en una presencia amenazante a lo largo de todo el relato.

Conocido por sus incursiones en el ámbito del cine, entre las que se destacan sus colaboraciones con Wim Wenders, en la obra de Peter Handke discurso literario y discurso cinematográfico se entremezclan constantemente. *Carta breve para un largo adiós* no es la excepción, a medida que avanzan las páginas de la novela, el lector tiene la sensación de adentrarse en una típica *Road Movie*; todos los clichés del género están presentes en la novela de Handke: rutas polvorientas, hoteluchos en parajes recónditos, autos abandonados y personajes sórdidos encontrados a lo largo del camino. Más importante aún, también es cinematográfica la mirada construida por Handke: su protagonista y narrador es un sujeto que parece observar la realidad como detrás de un cristal o una lente, jamás se involucra con el entorno que lo rodea. Su compañera de viaje, Claire le reclama por eso que él “dejaba que las vivencias se presentaran delate suyo, sin intervenir” (Handke, 2015, p. 72). El resultado es una narración en que las imágenes se suceden como flashes, instantes que se presentan ante la cámara y son captados en toda su belleza, sin que intermedie ningún tipo de explicación. El narrador describe desde la estela que deja un mosquito al danzar sobre el agua o la espuma que se aglomera alrededor de una rama hundida en un estanque hasta

las perlas de sudor en los labios de la niña. La prosa de Handke es, por momentos, sumamente poética. No obstante, al no haber ya un narrador omnipotente que organice los eventos en el relato, al no existir ninguna instancia de interpretación que ordene y dé sentido a esas imágenes, cada una de ellas permanece como una instancia fragmentaria e inmotivada. Es por eso que detalles insignificantes del paisaje e hitos en la vida del protagonista aparecen en un mismo plano del discurso narrativo, sin jerarquizarse. El lector accede a todo aquello que es registrado por la mente del protagonista, sin importar su relevancia y como resultado recibe una pintura distorsionada de la realidad, pero que en cambio, deja entrever muy bien la subjetividad del narrador.

Una de las obsesiones de la literatura de Handke es representar las dificultades de la mente para percibir lo real, el terror que genera en el sujeto el enfrentamiento con el mundo. En ese sentido, el personaje de la hija de Claire se torna elocuente, ya que funciona como un espejo del propio protagonista. Esta niña, con su temor infantil a que, una vez comprendidas, las cosas cambien de lugar y su angustia inusitada cuando algo en su entorno “se desordena”, expresa los miedos del propio narrador ante una realidad insalvable.

Son los miedos de la niña los que reenvían al protagonista del relato a su propia infancia. Paradójicamente, ese viaje que iba a librar al narrador de su existencia anterior, para transformarlo en un hombre nuevo, termina potenciando recuerdos del pasado que parecían enterrados.

Como suele ser común en la literatura de Handke, los lectores de *Carta breve para un largo adiós* no se encuentran con un relato cronológico de los hechos que culminaron en el divorcio del héroe, tampoco hay una reconstrucción progresiva de su vida desde la infancia hasta el presente del relato. Handke disuelve las categorías tradicionales de tiempo y espacio; su protagonista expresa el deseo de crear una nueva dimensión temporal que no fuera parte ni del pasado, ni del presente ni del futuro. De hecho, el tiempo se percibe en “Carta breve” de un modo diferente, por momentos parece prolongarse indefinidamente en las rutas interminables en las que el tiempo deja de transcurrir, en otros, se producen saltos temporales en los que la narración avanza abruptamente; hay incluso un instante de epifanía en el que, mientras navega por el río Misisipi, el protagonista se aparta del tiempo abstracto y se siente en plena armonía con su entorno.

*Carta breve para un largo adiós* es también una muestra del escepticismo de Handke, su protagonista viaja por Estados Unidos, pero lo hace mediado por la lectura de dos héroes de la literatura europea, Anton Reiser y Enrique el verde. El narrador inicia su relato a través de un epígrafe tomado de la novela del alemán Karl Phillip Moritz, *Anton Reiser* y luego lee, durante toda su travesía, las aventuras de *Enrique el verde*, novela del suizo Gottfried Keller. Ambas son obras representativas del *Bildungsroman* o novela de formación; como el personaje de Handke, sus héroes emprenden un periplo entendido como una instancia de aprendizaje, un camino de perfeccionamiento del que se sale transfigurado. Nada de esto ocurre con el protagonista de “Carta breve”, su viaje por la carretera

con Claire se interrumpe abruptamente sin que se hubiera operado en él ninguna transformación. Desde la perspectiva de Handke, parece no haber manera de lograr la trascendencia. El viaje tampoco permite resignificar el pasado y será solo cuando se vea enfrentado a ellas en una experiencia límite que el narrador podrá dejar atrás las circunstancias de las que pretendía escapar.

Handke cierra su singular novela con un memorable encuentro entre su protagonista y uno de sus directores de cine predilectos, John Ford. Y, si bien esa entrevista se introduce en el texto de manera repentina, sin ningún tipo de explicación, tal como se intercala todo en el relato, su incorporación no es azarosa ni arbitraria. Ford conversa con el protagonista acerca del valor metafórico de los Estados Unidos para el sujeto europeo, como tierra mítica, como espacio de pura posibilidad; es la tierra de las películas hollywoodenses y *El gran Gatsby*, que poco tiene que ver con el Estados Unidos real. Poco importa eso en una novela que no se preocupa ni por la historia de un sujeto ni por los hechos de la Historia con mayúscula, sino más bien por las posibilidades del sujeto para encontrar en el mundo imágenes que ayuden a entender y expresar su propia sensibilidad.

La aventura de un europeo fascinado con la experiencia americana, el relato de un sujeto que trata de huir de sí mismo, una carta de amor al cine clásico de Hollywood, *Carta breve para un largo adiós* es una novela rica en posibilidades, que ofrece a los lectores múltiples vías de acceso.